

1977

CARTA PASTORAL

DEL

ILMO. SR. ARZOBISPO

DE MÉXICO

CON MOTIVO DEL PRÓXIMO ADVIENTO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

BX874
.A4
C3
1894
c.1

Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús.

BX874

.A4

C3

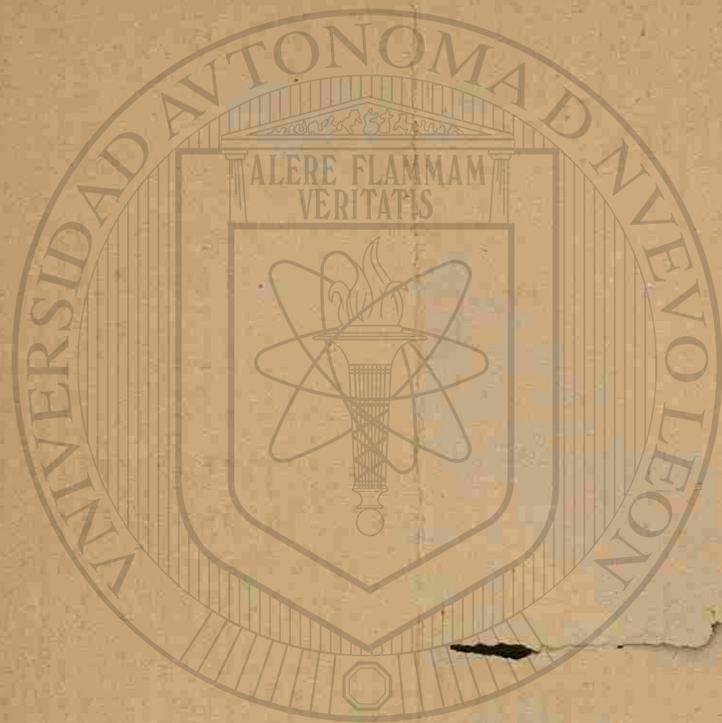
1894

c.1

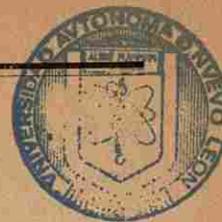
36



1080027427



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

Nos el Doctor Don Próspero Maria Alar-
cón y Sánchez de la Barquera, por la gracia
de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de
México,

Al M. I. Sr. Dean y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Metro-
politana, al Sr. Presidente y Cabildo de la Insigne Colegiata de
Nuestra Señora de Guadalupe, al Clero secular y regular, y á to-
dos los fieles de este Nuestro Arzobispado, salud y bendición en
Nuestro Señor Jesucristo.

AMADÍSIMOS HERMANOS É HIJOS NUESTROS:

Oportuno es en gran manera el recuerdo de aquellas significativas
palabras de San Lucas: «Preparad el camino del Señor; haced rec-
tas sus sendas...», al pensar en el santo tiempo del Adviento, que
en el año actual comenzará el día 2 del próximo Diciembre; porque
preciso es *preparar este camino al Señor*, que va á nacer para nuestra
dicha, y apartar de él los obstáculos que oponen á su paso nuestras pa-
siones, para que el celestial Triunfador, el verdadero Príncipe de la
Paz, que, ansioso de enriquecer con ella nuestros corazones, baja de
lo más alto del Empíreo con el fin de salvar á todos los hombres, éntre
con plácida tranquilidad en nuestras almas, y las enriquezca con
sus divinos dones. Pero para esto, es necesario enderezar los caminos
torcidos, siguiendo el consejo del Espíritu Santo, que nos dice por el
Profeta Rey: «*Apártate de lo malo, y practica el bien;*» pues sólo en-
tonces es cuando el Señor se digna habitar en nuestra alma llenándola

003736

40938

BX874
A4
C3
1894

del tesoro incomparable de la paz, bien dichosísimo que excede á todos los goces del sentido. Por eso con tanto empeño se nos encarga que adquiramos tesoro de tan gran precio, y que á trueque de conseguirlo, aceptemos gustosos todo género de mortificaciones y sacrificios; porque la verdadera causa de las intestinas luchas que tanto nos agitan, y que atormentan nuestro corazón, harto sabemos, amadísimos Hijos Nuestros, que son nuestras desordenadas pasiones.

Entre todas las intranquilidades y amarguras que nos aquejan, ninguna hay que sea tan terrible como el pecado, mal verdadero, único mal, que aleja de nosotros la paz, y amontona cada vez nuevos obstáculos en el camino que debemos recorrer hacia Dios. Tan grande mal, y tan abominable es el pecado que por desgracia impera hoy con escandalosa tiranía sobre la sociedad, que el Profeta Isaías, doliéndose de sus espantosos estragos hace veintiseis siglos, como todavía con mayor razón pudiera lamentarse en el presente, invitaba á los cielos á que escuchasen sus quejas, y á la tierra á que se mostrase atenta á sus gemidos, como si los cielos por elevados, y por vasta y espaciosa la tierra, pudiesen comprender mejor la causa de sus lamentos y prestarle mayores consuelos en su angustioso dolor. No podía comprender el Real Profeta la razón de tanta ingratitude en el hombre, al abandonar con ruindad tan temeraria á su Dios por contentar traidor criminales deseos, y preguntaba con asombro: «¿Por qué ha irritado á Dios el impío?» ¿Por qué, si Dios es nuestro único, nuestro supremo Bien, hemos de desecharlo? ¿Por qué, si es nuestro soberano Juez, nos atrevemos á ofenderle? Y si nos ha colmado de tantos y tan inmerecidos beneficios, ¿ha de ser razón ésta para corresponderle con ultrajes?—«¿Por qué, pregunta á su vez San Agustín, por qué has irritado á Dios? Nada valen las miserables satisfacciones con que has querido contentar tus concupiscencias, y ¿por nada has ofendido á Dios?» Esfuérase tal vez en persuadirse el malaventurado pecador, para sofocar los congojosos remordimientos de su alma, que Dios no se fija entonces en los desórdenes que comete; pero ¿puede ocultarse algo á la infinita sabiduría de aquel Señor altísimo, cuyos divinos ojos son mucho más claros que el Sol, y registran todos los caminos de las criaturas y lo profundo del abismo, y ven los corazones de los hombres hasta los senos más ocultos?» ¡Ah! de tantos infelices cuyas conciencias aparecen á los ojos de su divina Majestad más claros que la luz, manchadas con el olvido de Dios, con la lectura de libros y periódicos irreligiosos ú ocasionados á encender las pasiones, y por lo mismo prohibidos; con la asistencia á espectáculos inmorales ó peligrosos, con el

menosprecio de los mandamientos de Dios y de los preceptos de la Iglesia, con el funesto abandono de los deberes paternales y con tantos desórdenes, abominaciones é injusticias, bien puede decir por desgracia Dios Nuestro Señor lo que en días ya muy lejanos decía de la ingrata Jerusalén por medio del Profeta de las Lamentaciones: «Un gran pecado y multitud enorme de pecados cometió Jerusalén;» es decir: permaneció de asiento en sus pecados gravísimos, y por eso hizo-se instable en sus buenas resoluciones, y sobremañera desgraciada; pues cada vez fué apartándose más de Dios Nuestro Señor.»

En verdad que una desdicha tan enorme es situación bien poco oportuna para aprovechar en gracias y en virtudes en esta sagrada época de Adviento, y prepararse á recibir en el corazón los dones y consuelos del divino Niño Jesús. Porque ¿cómo sería posible que á Él se acercasen los amadores del mundo, si el amabilísimo Salvador no puede contemporizar con el mundo ni con el pecado? Amenazaba á su pueblo por orden de Dios el Profeta Oseas con aquellas durísimas calamidades, que á veces envía su divina Majestad sobre los pueblos en castigo de sus crímenes: guerras, esterilidad en los bienes y en la familia, incendios, destierro y esclavitud; y con ser tan duras estas desgracias, lejos de dolerse de ellas, las agrava después con el anuncio de otra mil veces más formidable que todas las anteriores, diciendo: «¿Ay de ellos, cuando Yo los abandone!» Es ciertamente ésta la mayor de todas las desdichas; porque privados de Dios, fáltanos el verdadero, el único bien; y así quiso hacerlo entender el Señor á los obstinados judíos, diciéndoles por Jeremías: «Os llamé y no me respondisteis... y os arrojaré de mi presencia;» por lo cual, atónito el Profeta al penetrar las horribles consecuencias de tan incomparable infortunio, volvíase á Dios en actitud suplicante, y quejándose amorosamente le decía: «Nos has expelido, Señor, y desechado; te has airado en gran manera contra nosotros.» ¡Ah! no; no es posible unirse á Jesús cuando se está separado de Él por el pecado; ni se puede gozar entonces de verdadera paz. En vano se sentirán halagados por algunas temporales satisfacciones los que han divorciado su corazón del Corazón sacratísimo de Jesús: esas prosperidades, siempre pequeñas puesto que no traspasan la mezquina esfera de lo terreno, no contentarán sólidamente su corazón. No son verdaderos bienes; y á los que los disfrutan no sólo no se acerca amoroso el divino Jesús, sino que únicamente los tolera, ó esperando que, preparados los caminos de su corazón, se dirijan á Él plenamente convertidos, ó para que sirvan de tristes instrumentos que ejerciten la paciencia de los justos, como dice San Agus-

tin. ¡ Ah! si con eficacia meditásemos la desairada y vergonzosa situación en que se encuentra el que, separado de la amistad de Dios, yace sumergido en el cieno del pecado! ¿ Qué importa que él se esfuerce en aparecer honrado y digno ante la Sociedad, si el Señor, que tan exquisita caridad despliega siempre con nosotros, le llama *despreciable en demasía*, y de hecho le desprecia? Tal vez imagina el desgraciado, engreído con un ligero barniz de mundana ilustración, que sabe ya bastante para permitirse no creer, ni someterse á la Ley santa de Dios; y el Espíritu Santo le desengaña, diciéndole que *«nada sabe ni entiende; que anda en tinieblas,»* expuesto á perecer por su voluntaria ceguera. Y al ver que, distraído su espíritu con las multiplicadas vanidades de la tierra, descuida obtener la verdadera paz del alma y el amor del divino Jesús, en el cual nada menos se interesa que su eterna salvación, le increpa con tierna insistencia, diciéndole: *«¿Hasta cuándo, oh niños, amareis las niñerías, y los necios codiciarán las cosas que les son nocivas, y los imprudentes aborrecerán la verdadera ciencia?»* Y como, aun á pesar de tan expresivas advertencias, siguen muchos, por su desdicha, en pos de las ponzoñosas concupiscencias que pierden el alma, llama de nuevo á la puerta de su dormido corazón el divino Espíritu, y con saludable dureza les echa en cara que de tal manera se han ido olvidando de la hermosura de su alma y de la alteza de su eterno destino, que *«han sido comparados á las bestias insensatas, y se han hecho semejantes á ellas.»* Pintura tan poco halagüeña, hecha por la misma increada Sabiduría, debiera en verdad fijar nuestra consideración, haciéndonos temer si acaso, por nuestra gran desventura, el estado actual de nuestro corazón, ó nuestras inmortificadas tendencias ó ligeras aspiraciones nos ponen en peligro de ser por Dios Nuestro Señor tan tristemente fotografiados; y sin duda lo seríamos, si descuidando preparar el corazón para que, purificado en lo posible, rinda cariñosísimo homenaje al divino Niño Jesús, nos encontrásemos hartos aficionados á las frívolas vanidades de la tierra, que afligen el alma, y vacíos de consoladora paz.

Vislumbre de virtudes y de interior sosiego no basta para recibir dignamente al amorosísimo Salvador de nuestras almas, que con el fin de conversar amigablemente con nosotros nutriéndonos con el alimento celestial de su divina palabra, de tal manera se abate y anonada, como si de su altísima é infinita grandeza se olvidase. Necesaria es en el hombre la completa renovación de su espíritu; porque las divinas miradas no se limitan tan sólo á las acciones exteriores más ó menos expresivas y edificantes, sino que penetran hasta los más ínti-

mos senos del corazón; y ésta es la razón de que en las sagradas Escrituras el hombre virtuoso y completamente renovado en su interior sea llamado reduplicativamente, ó dos veces, hombre, como con mucha profundidad observa Orígenes: *«Hombre, hombre de la casa de Israel,»* dice el Profeta de las visiones del Chobar; y añade David: *«¿Por ventura no se dirá á Sión: hombre y hombre nació en ella, y el mismo Altísimo la ha fundado?»* Por desgracia, bien se puede repetir hoy lo que ya en su tiempo lamentaba San Juan Crisóstomo, que «es difícil encontrar hombres de estas cualidades, *hombres puros,»* interior y exteriormente llenos de virtud sólida y de verdadero mérito. Porque si la tentación asoma más fuerte que de ordinario, si la ocasión se presenta fácil, si el mal disfrazado con embelesadoras apariencias extrema sus disimulados ataques y engañosos encantos; la renovación que no es interior desaparece, la virtud postiza despégase al más ligero ataque, y el pecador que tal vez blasfemaba de justo, aparece de pronto tal cual es, desenmascarado por sus propias obras. ¡ Triste exhibición del que por su elevado carácter de cristiano debiera ser verdadera imagen de Jesucristo, representándole en sus palabras, en su vida, en todo su ser, como dice el Apóstol San Pablo: *«Así como conservamos la imagen del hombre terreno, así debemos llevar la del hombre celestial,»* Cristo Nuestro Señor.

II

Escándalo no pequeño es para las almas verdaderamente fieles, y peligro gravísimo de numerosos pecados esa larga serie de diversiones, que bajo el título de *Posadas* y con apariencia de piedad tienen hoy lugar entre nosotros en la sagrada época del Adviento. Fueron un tiempo en nuestra Nación piadosísima, y todavía lo son hoy en algunas familias sólidamente católicas, prácticas de ferviente devoción, con que nuestros padres manifestaban su amorosa gratitud y rendían tiernísimos obsequios al divino Salvador, nacido por nuestro bien en una humilde cueva, después de haber buscado en vano su purísima Madre y el Señor San José una modesta *posada*, que con su augusta presencia honrase el Rey altísimo de los cielos. Pero, por desgracia, en estos tiempos en que con frecuencia se ven horriblemente profanados los misterios más inefables y los más consoladores recuerdos, la devoción de *Las Posadas*, un día tan edificante y tan tierna, ha venido á convertirse en fácil pretexto para organizar de una manera más ó menos costosa y en un campo más ó menos vasto diversiones com-

pletamente mundanas, en que á la deplorable profanación de gozosos y altísimos misterios siempre respetables, únense la mayor parte de las veces bajo capa de religión los más serios peligros para la inocencia, y destemplanzas y espectáculos dignos del Paganismo, fecundos gérmenes de pecados y abominaciones que, no por ser disimulados y ocultos, hieren con menor crueldad el Corazón sacratísimo de Jesús. Cuán indigna sea esta conducta, amadísimos Hermanos é Hijos Nuestros, fácilmente se comprende al recordar la insistencia con que Dios Nuestro Señor nos excita á portarnos en todas ocasiones con delicada gravedad y cristiana compostura: «*Vuestra modestia*, nos dice el Apóstol San Pablo, *sea manifiesta á todos los hombres; porque el Señor está cerca*, y en especial encarece la necesidad de esta modestia cuando se trata de rendirle alabanzas ó dedicarle actos de piedad: «*Te alabaré*, decía á su divina Majestad el Real Profeta, *en medio de un pueblo circunspecto y devoto.*» No es ciertamente obligatoria para el cristiano la tristeza; al contrario, la verdadera virtud, como lo sabemos muy bien, es alegre; y á regocijarse excita el Espíritu Santo á los justos, y á que se gloríen todos los de corazón recto; pero observad que todas estas alegrías han de ser inspiradas por la virtud, y en todo conformes al querer de Dios Nuestro Señor: «*Mas yo en el Señor me gozaré, y me regocijaré en Dios mi Salvador*, decía el Profeta Habacuc; y San Pablo, exhortándonos una y otra vez, *y siempre*, á que nos alegremos, nos advierte que nuestras alegrías han de ser constantemente en Dios; y consecuente con esta regla salvadora de tranquila virtud, nos dice: «*Por tanto, . . . toda impureza ni aun se nombre entre vosotros, como conviene á santos; ni palabras torpes, ni necias, ni chanzas, que son impertinentes, sino antes acciones de gracias.*» A los que en cualesquiera circunstancias de su vida y mucho más en actos de piedad como *Las Posadas*, caigan en tales pecados y profanaciones, el Apóstol con muchísima razón los llama *necios*; y hablando de estos, dice con su acostumbrada penetración San Agustín: «*¿Por ventura dará Dios á los necios el reino de los cielos? Y á aquellos á quienes no se lo ha de dar, ¿qué les resta sino la pena del infierno?*»

Comunmente, aunque contra toda razón, empéñanse algunos en justificar desórdenes como el que lamentamos, alegando que son efecto de antigua y disculpable costumbre. ¿Como si el pecado, por ser triste costumbre en algunos, pudiera ser disculpable alguna vez; ó llegasen á alcanzar jamás honesto título de prescripción los excesos contra la Ley santa de Dios, por el solo hecho de ser numerosos y repetidos! Este pueril argumento no es nuevo, por desgracia: ya en el siglo quinto se

dolía de tanta ceguedad San Agustín, diciendo: «*Para esta clase de gentes, los pecados, aunque grandes y horribles, si llegan á constituir costumbre, ó no son pecados ó lo son muy leves, tanto que no sólo no deben ocultarse, sino que de ellos debe hacerse escandalosa ostentación.*» No parece sino que el santo Doctor escribía entonces, anticipándose á ridiculizar ciertas abominables costumbres de nuestro siglo. Las aficiones á la independenciam, que en él reinan, inducen á muchos á guiarse por su propio juicio, rebelándose contra el de Dios Nuestro Señor manifestado por la Iglesia, alegando tal vez ó que en esas prácticas disfrazadas de piedad no hay peligros para el corazón, ó que si los hay pueden fácilmente eludirse; no queriendo recordar que es tan poderoso el riesgo que entraña la ocasión, que á ella en gran parte se debe la triste importación del pecado en el mundo: «*Vió, pues, la mujer*, dice el sagrado libro del Génesis hablando de Eva, *que el árbol era bueno para comer, y hermoso á los ojos, y agradable á la vista: y tomó de su fruto, y comió; y dió á su marido, el cual comió*» también. Y si aferrados á su propio parecer andan sin guía, ó si por guía adoptan sus desarregladas pasiones, ¿qué extraño que en ellos se cumpla lo que de los fariseos decía Cristo Nuestro Señor: «*Si un ciego guía á otro ciego, ambos caen en el hoyo?*» Porque ciegos son, como dice muy bien Tertuliano, los que introducen estas costumbres, ó las autorizan con su palabra ó con su ejemplo; y prácticas que de ninguna manera son conformes á la Ley santa de Dios, siempre han de ser anatematizadas y extirpadas, como nocivas plantas, que es preciso arrancar de un campo sembrado de buena semilla.

Así, pues, exhortamos en el Señor á Nuestros amados diocesanos á que en sus casas se abstengan de fomentar y concurrir á esas prácticas de *Las Posadas*, siempre que en ellas hubiese algún peligro, como de ordinario sucede cuando á las mismas concurren de fuera de casa personas de ambos sexos que no están ligadas entre sí con estrecho vínculo de parentesco; y encargamos á los señores párrocos, confesores y demás sacerdotes de la Arquidiócesis, que en el desempeño de su sagrado ministerio velen muy cuidadosamente, y con la eficacia que en conciencia crean convenir, por la exacta observancia de esta Nuestra disposición. ®

«*Necesario es que desaparezcan esos y otros obstáculos, para que así logremos preparar los caminos que el Señor se digna recorrer pa-*

ra venir á nuestro corazón; porque tal es y tan ardorosa el ansia que de nacer en nuestras almas siente el divino Jesús, que, como dice San Agustín, no parece sino que en vez de ser Dios nuestro único y sumo Bien, es el hombre el que constituye el más intenso gozo y el bien más preciado del mismo Dios. ¿Cómo, pues, no hemos de tener, en recibirle, el más decidido empeño, si llega á tanto su encantadora amabilidad, que se digna llamarse *Dios de nuestro corazón*? Suyo es, pues, el corazón nuestro, como suyos son también los bienes que de Él hemos recibido, y suya en absoluto toda la tierra; por eso con todo el corazón debemos amarle. Y para conseguir tan envidiable felicidad, preciso es comenzar por temerle; pues el filial y santo temor que aleja de nosotros el pecado, es guarda de las virtudes y deleita el corazón; es además corona de sabiduría, llena el alma de dulcísima paz, y sirvenos de poderoso medio para cumplir los santos mandamientos; porque temiendo á Dios, ¿cómo hemos de complacernos en las mezquinas satisfacciones de la tierra, olvidando los placeres dulcísimos del espíritu, que en abundancia goza el que busca ansioso al amabilísimo Jesús, y á Él rinde por completo todo su ser?

A esto debemos aspirar con todo empeño en este santo tiempo, que el Señor nos ofrece como precioso dón, que si bien se aprovecha, atraerá sobre nuestras almas gracias copiosísimas. Desde los primeros tiempos de la Iglesia, siempre fué considerado el Adviento como época de penitencia y laborioso preludio de cuarenta días, reducido desde el siglo nono á cuatro semanas, para celebrar con fruto el Nacimiento del divino Jesús; por eso en las Dominicas y demás días en que no se celebra la fiesta de algún santo, la Iglesia emplea para los divinos Oficios el color morado, recordando aquellos lejanos tiempos en que los verdaderos israelitas, cubiertos de ceniza y afligiéndose con ásperos cilicios, lloraban el eclipse de las glorias de Sión y el trono vacío de Jerusalén, suspirando ansiosos por la venida del Deseado de las gentes. Suspéndense las velaciones y solemnidades de las bodas, porque es la época en que los fieles *amigos del verdadero Esposo*, Cristo Jesús, se animan más que nunca con la alegre esperanza de ser un día convidados á las felicísimas bodas de la eternidad. Omítense el *Te Deum* y el *Gloria in excelsis*, y sustitúyese el *Ite, Missa est* con el *Benedicamus Domino* en la santa Misa, porque la Iglesia, preocupada con la preparación en espíritu de penitencia para aquel gran día, aplaza para entonces sus cánticos de gozo, y lejos de interrumpir á los fieles en sus prolongadas oraciones, los excita de nuevo á alabar y bendecir al Señor. Al reflexionar que el Unigénito del eter-

no Padre, convertido en mansísimo Cordero, viene á redimir al mundo á costa de su misma vida, la santa Iglesia invita á sus hijos á derramar sinceras lágrimas de gratitud y de amor, para pedir al divino Salvador perdone nuestros gravísimos pecados. Y bien merece toda esta prolija y afectuosa preparación aquel hermoso día en que con especialidad viene á nuestros corazones el amabilísimo Jesús, que *“tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres.”*

Teniendo presente este antiquísimo espíritu de penitencia, se explica muy bien la piadosa práctica del ayuno, que en Roma y otras muchas Iglesias obligaba durante el Adviento todos los días, y en otras varias sólo los lunes, miércoles y viernes: á que ayunasen también en estos tres días y comulgasen los domingos de Adviento, exhortaba San Carlos Borromeo á sus diocesanos en el IV Concilio de Milán. Y en la Nación Mexicana bien sabéis que estamos obligados á ayunar los viernes y sábados de las cuatro semanas de Adviento, en sustitución de otros muchos días de ayuno que deberíamos tener en varias épocas del año, y de los cuales benignamente nos ha dispensado la santa Iglesia. Es ésta una estrechísima obligación, que bajo pecado mortal se extiende á todos los fieles que hayan cumplido veintiún años y no pasen de sesenta, á no ser que por razones de salud, de trabajo fatigoso y otras, de las cuales debe juzgar el confesor ó el párroco, estén legítimamente excusados. No son pocos, por desgracia, los que con frívolos pretextos, y aun á veces sin disculpa de ningún género, menosprecian el precepto del ayuno, si ya no se atreven, como los impíos y partidarios de ciertas sectas y comuniones heréticas, á acusar á la Iglesia católica de superstición y de fanatismo. En tiempos como los actuales, en que es tan frecuente oír á los ignorantes dogmatizar sobre puntos no estudiados, presumiendo osados dar lecciones á la Iglesia inspirada por el Espíritu Santo, no pueden menos de causar profunda pena las diatribas y necedades que muchas veces se profieren contra el precepto eclesiástico del ayuno. Preciso es recordar que esta práctica data del tiempo de los Apóstoles, y de ella hablan con muchísimo respeto y como de una obligación general y muy venerada, San Clemente romano, San Juan Damasceno, San Anastasio, San Basilio, San Juan Crisóstomo, todos los santos Padres más antiguos; porque, como decía San Pedro Crisólogo: «el ayuno de cuarenta días, á que nos sujetamos, no es de invención humana, sino de autoridad divina.» Y tan distinto era aquel del moderado ayuno que observamos hoy, que sólo se podía comer una vez al día á la puesta del sol, lo cual todavía se observaba en el siglo doce en tiempo de San Bernardo, y

tra su justicia, triunfa de sí mismo, como dice el apóstol Santiago, haciendo en esto extraordinaria gala de su poder; que bien grande por cierto se necesita para rendir la voluntad rebelde del pecador, sin violentar por eso su libre albedrío. Con claridad lo conocía el real Profeta, cuando al pedir al Señor su conversión, le decía «*Dios de los poderíos, conviértenos... y seremos salvos:*» y confiada la Iglesia en tan grande misericordia, alega, al pedirle gracias, que ya «que su infinita clemencia le ha vencido,» espera que á concederle estos favores «le obligue su piedad;» y en una de las oraciones de la santa Misa le dice: «¡Oh Dios, que especialmente en perdonar y compadecerte, muestras tu omnipotencia!» Así, pues, ¿cómo no hemos de pedirle confiados las gracias que nos sean necesarias para la purificación de nuestras almas, y para preparar dignamente los caminos del Señor? Sería hacer agravio á su divina bondad el temer que no nos las concediese: solicitar esos auxilios es pedir la verdadera sabiduría; que no hay ciencia más alta que la ciencia de salvar el alma, y ciencia de tanto precio ya sabemos que copiosamente la otorga el Señor. «Sí,» dice San Agustín, «á todos la da con abundancia el Señor, cuando se la piden de la manera con que se la deben pedir.» Porque bien sabemos, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, que es preciso pedir con humildad, confianza y perseverancia; pues cuando se nos dice en los sagrados Libros que «todo el que invocare el nombre del Señor, será salvo,» no se quiere con esto significar que se salvan todos los que lo invocan, sino aquellos que lo invocan con fe, y con la piedad y pureza de conciencia que Dios desea. Tanta es nuestra miseria, que aun para pedir bien, necesitamos de la divina gracia, como dice el apóstol San Pablo: «*No que seamos suficientes por nosotros mismos para pensar algo, como de nosotros; sino que nuestra suficiencia viene de Dios;*» y ni aun el nombre dulcísimo de Jesús podemos pronunciar, sino prevenidos de la gracia del Espíritu Santo. Por esto, con mucho acierto pedimos al Señor se digne abrir nuestros labios, para que nuestra boca pueda cantar sus alabanzas; porque «*Dios, como dice el Apóstol, es el que obra en nosotros así el querer como el ejecutar, según su buena voluntad.*» Admirable doctrina, y verdad profundísima y consoladora, que debiera tener siempre fijo nuestro corazón en la divina voluntad, y desatar constantemente nuestras lenguas en expresivas y entusiastas acciones de gracias á Dios nuestro Señor! Porque «¿qué merece, Señor, el hombre, dice el piadoso autor de la Imitación de Cristo, para que le concedas tu gracia? ¿De qué puedo quejarme, si me abandonas, ó qué puedo alegar, si no me das lo que pido?»

Reflejo brillantísimo de los elevados fines que en su admirable liturgia se propone la Iglesia católica, son en la tercera semana de Adviento los días que llamamos de *Témporas*, miércoles, viernes y sábados, en que se prescriben, como en las otras tres *Témporas* del año, especiales ayunos obligatorios, para que avivemos más nuestra fe y excitemos nuestro fervor á prepararnos al Nacimiento del divino Niño. Además, en estas *Témporas*, que ocurren cada tres meses, se santifican las diferentes estaciones del año con la penitencia, dando gracias al Señor por los frutos de la tierra que nos ha concedido, y pidiéndole nos los conserve en adelante, pero, sobre todo, que dé á la Iglesia buenos sacerdotes, puesto que en cada una de las *Témporas* se celebran las sagradas Ordenes, por las cuales el venerable cuerpo de los ministros de Dios se aumenta con otros nuevos. Cuán importante sea esta petición, que con toda el alma debemos hacer á Dios Nuestro Señor, lo dice no sólo el ser práctica antiquísima que se observa desde el tiempo de los Apóstoles, sino la necesidad, cada día más urgente, de que al gravísimo cúmulo de errores que por doquiera se propalan, y al desolador torrente de repugnante inmoralidad que cada día se desborda con nuevos escándalos y amenaza atraer sobre nosotros horrendos castigos, oponga la Iglesia como fuerte y poderoso dique que los contenga, la predicación, la ciencia, las oraciones, el buen ejemplo y el celo infatigable de nuevos sacerdotes, que siguiendo las huellas de los ministros santos que los precedieron, y sustituyéndolos en su sagrado ministerio á medida que vayan desapareciendo del agitado y ruidoso escenario de este mundo de perpetua lucha, no sólo conserven en la virtud á los verdaderos seguidores de Jesucristo, sino que á los que no lo son, atraigan con sus virtudes y la divina gracia á la práctica de la vida cristiana, logrando cada día nuevas conquistas para el Corazón sacratísimo de Jesús, siempre sediento de aumentar el número de sus amantes adoradores.

Elevado, pues, á tan singular alteza el ministerio sacerdotal, y siendo tan santas y augustas sus funciones, claro es que se necesitan auxilios especialísimos del cielo para desempeñarlas dignamente. Exige santidad aun el simple carácter de cristiano: la recomendaba el Señor á los fieles de la antigua Ley, diciéndoles: «*Sereis santos, porque Yo santo soy;*» y la suponía como cosa muy natural en los de la Ley nueva el Apóstol, escribiendo á los romanos: «*A todos los que están en Roma, amados de Dios, llamados santos.*» ¿Con cuánta más razón, pues, será necesaria al sacerdote, ministro de Dios, que tan íntimas relaciones está llamado á tener con la Majestad divina, y tanta cari-

dad y abnegación debe desplegar en favor de los fieles y aun de los infieles? Al hablar del eterno Sacerdote, Cristo Nuestro Señor, decía el apóstol San Pablo: “*Tal Pontífice convenía que tuviésemos nosotros, santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, y ensalzado sobre los cielos.*” Hé aquí el modelo del verdadero sacerdote, tal como puede ser imitado por la criatura; nuestro elevadísimo carácter nos obliga á llevar una vida santa y escondida en Jesucristo, distinguiéndonos del resto de los fieles por la eminencia de nuestras virtudes, tanto como por la sublimidad de nuestro carácter. Esto significa la exhortación que San Pablo hacía á Timoteo, para que avivase la gracia de Dios, que había recibido por la imposición de sus manos; esto indicaba la *justicia*, ó las virtudes, de que era preciso estuviesen revestidos los sacerdotes de la antigua Ley; y esto quería decir también la insistencia con que les recomendaba el Espíritu Santo por Isaías, que huyesen de la corrupción del siglo, y no tocasen cosa alguna mancillada; porque era preciso que estuviesen siempre purificados los que llevaban los vasos del Señor; esto expresa, por último, la unción santa que en la ceremonia de la Ordenación recibimos, y los ministerios altísimos que desempeñamos. Porque si grande aparecía ante los pueblos el profeta Elías cuando con su oración hacía bajar fuego del cielo que consumiese la víctima que había preparado para el holocausto, mil veces más grande es á todas luces el sacerdote, que con palabra misteriosa y eficazísima atrae sobre el altar, no un fuego devorador que consuma una víctima material y sensible, sino al divino Jesús, víctima pura é inmaculada, que desciende glorioso de los cielos para abrasar en el sagrado fuego de su amor los corazones de los hombres.

Ved, pues, amadísimos Hermanos é Hijos Nuestros, cuán necesario es rogar al Señor en las próximas Témporas, y en todas las que en lo sucesivo ocurrirán, se digne concedernos santos y sabios sacerdotes que con su actividad y su fervor velen por la conservación del espíritu católico en la santa Iglesia, y la acrecienten de día en día. Así nos iremos preparando con fruto para conmemorar gozosos la *primera venida* del divino Jesús al mundo; nos aprovecharemos de la *segunda*, haciendo fructificar en nuestras almas las copiosas gracias que constantemente nos está concediendo; y nos haremos dignos de que en la *tercera*, cuando aparezca como León terrible de Judá, rodeado de majestad y de gloria, no nos veamos obligados á formar parte de la desventurada multitud que será colocada á su izquierda para ser después arrojados á las eternas penas entre devoradoras llamas, sino que merezcamos gozar de la visión beatífica de Dios por siglos eternos.

Esto es lo que de todo corazón os deseamos, y en prenda de Nuestro paternal amor afectuosamente os bendecimos en el nombre del † Padre, y del † Hijo y del Espíritu † Santo.

Esta Carta pastoral se comenzará á leer *intra Missarum solemnía* en todas las Iglesias de este Arzobispado el primer domingo que ocurra después de su recepción, hasta el segundo punto inclusive; el tercero y cuarto se leerán el siguiente día festivo y se fijará en los sitios de costumbre.

México, 12 de Noviembre de 1894.

† Próspero María,

Arzobispo de México.

Por mandado de Su Señoría Aflustísima,

Joaquín Arcadio Pagaza,

Secretario.

003736

JUAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



estaba prohibido el uso de la carne y del pescado: sólo se permitían pan y legumbres sazonadas con un poco de aceite. Posteriormente, la Iglesia, Madre siempre benigna y cariñosísima, concedió que en los días de ayuno se pudiese comer á mediodía, sin esperar como antes á las seis de la tarde, haciendo uso de la carne, á no ser en los días de abstinencia; que á la noche se pudiese tomar algún alimento á que damos el nombre de colación, y que en los días de abstinencia se pudiese hacer uso en la comida de todo género de pescado. Hoy, en estos días prepáranse para muchos exquisitas y delicadas viandas, en que el arte suple en diferentes manjares permitidos lo que en el uso de la carne pudiera buscar el gusto más exigente y refinado: preténdese disfrutar de todo género de delicias en un tiempo destinado á la mortificación, y pásase de un exceso á otro cambiando de goces, sin sentir el rigor de la abstinencia, como dice San Agustín; y aun así es para no pocos el ayuno carga insoportable. ¿Qué diferencia entre muchos de los católicos de hoy, y los de Constantinopla en tiempos de San Juan Crisóstomo, de los cuales unos sólo comían de dos en dos días, y otros, aunque diariamente se alimentaban, hacíanlo tan sólo con un pequeño mendrugo de pan! Más dice todavía San Agustín al hablar de los católicos de Africa en los días de ayuno: no sólo los hombres, sino también las mujeres y aun los niños pasaban tres días sin comer, y muchas veces todavía más. Cuál fuese en aquellos tiempos el fervor de los católicos y el laudable empeño con que aceptaban la obligación del ayuno, se colige de un ruidoso suceso de que nos hablan las historias de aquella época. Víctima del hambre la ciudad de Constantinopla durante el imperio de Justiniano, llegóse el tiempo de la Cuaresma sin que el terrible azote, que en los griegos causaba tantos estragos, disminuyese en lo más mínimo. Celoso por el bien de sus vasallos el Emperador, mandó que para el alivio de tantos hambrientos se abriesen las carnicerías, creyendo, y con razón, que en caso tan extraordinario la Iglesia dispensaría de la obligación del ayuno y abstinencia á aquellos infelices, á quienes tan prolongadas privaciones hacían semejarse á cadáveres ambulantes. Cuando el pueblo supo esta paternal providencia del Emperador, corrió en masa á cercar su palacio, y derramando lágrimas en abundancia, le rogó revocase aquella orden, porque estaban dispuestos á dejarse morir de hambre antes que faltar al precepto del ayuno. Bien sabido es el heroico ejemplo que á los suyos dió el venerable israelita Eleázaro, el cual prefirió con gusto la muerte, antes que comer, ni fingir siquiera que comía, manjares prohibidos en la ley de Moisés.

Sabiamente nos hacen observar los santos Padres que hay tres clases de Advientos ó venidas de Cristo Nuestro Señor: «en la primera, dice San Bernardo, aparece en carne, pobre y desvalido; en la segunda, en espíritu, y con gran poder, y en la tercera vendrá en gloria y majestad.» La *primera venida* ya pasó hace cerca de diez y nueve siglos, cuando el Unigénito de Dios, divino Esposo de nuestras almas, vestido de nuestra mortal naturaleza apareció al mundo á media noche en la pobre cueva de Belen. «La *segunda*, dice Pedro de Blois, es la venida en que todavía estamos, pues constantemente está viniendo á nosotros por su gracia el divino Jesús, como nos lo prometió hablando con sus Apóstoles: la *tercera* será en el día del Juicio universal. La primera, que pronto vamos á conmemorar, fué humilde y escondida; la segunda, en que vivimos, es misteriosa y llena de amor; la tercera será pública y terrible. En la primera, Jesucristo ha sido tratado por los hombres con injusticia; en la segunda nos hace justos por su gracia; en la tercera aparecerá como terrible león.» Para merecer esta segunda venida de Jesús por su gracia á nuestro corazón, es indispensable que el alma se conserve pura, ó que de la mejor manera se purifique: «Guarda la inocencia, y atiende á la equidad, nos dice el Espíritu Santo, porque hay residuos para el hombre pacífico:» estos *residuos* son los hijos virtuosos que deja á su muerte, y las buenas obras que practicó durante la vida. No hay mejor dicha sobre la tierra que preservarse del pecado y estar siempre unido por la gracia á Dios Nuestro Señor: así lo sentía el profeta Rey, que tantas veces en sus Salmos llama bienaventurado al que teme á Dios; y por eso en medio de tantos dolores consolábase el pacientísimo Job con el recuerdo de su vida intachable; y esto era también para David motivo de indecible satisfacción antes de su pecado; y no menos se felicitaba de ello, aunque tan humilde, el apóstol San Pablo.

Entra gustoso por su gracia el amabilísimo Jesús, no sólo en las almas puras y purificadas de culpas ligeras, sino aún en aquellas que por largo tiempo han sido triste albergue del pecado; pues ardientemente desea que las que no lo están, cuanto antes se purifiquen. Y para que á ello se decidán, ofréceles desde luego seguras garantías de que conseguirán su perdón: «En cualquier día que el impío se convirtiere de su impiedad, nos dice por el profeta Ezequiel, la impiedad no le dañará.» Y es que para obrar estas sorprendentes maravillas de conversión, parece que el Señor, combatiendo en su misericordia con